

Ann
Cleeyes

UNA VERDAD
OCULTA

Traducción:
ESTHER ROIG



MAEVA | NOIR

Ann Cleeves es la autora que se esconde detrás de la serie Vera, que emite La 2 de TVE, protagonizada por la popular actriz Brenda Blethyn. Ha escrito treinta novelas y es la creadora de la inspectora Vera Stanhope, una protagonista emblemática que ha conquistado a los lectores y que ha convertido su serie policíaca en un éxito internacional publicado en veinte países y que le ha valido numerosos premios.

Empezó a escribir cuando ella y su marido, de profesión guardabosques, se instalaron en una región en la que había poco más que hacer que observar los pájaros. Actualmente vive en North Tyneside.

www.anncleeves.com
[@anncleeves](https://www.instagram.com/anncleeves)
[Facebook.com/anncleeves](https://www.facebook.com/anncleeves)

Los escenarios de la novela



1

Julie bajó tambaleándose del taxi y se quedó mirando cómo se alejaba. Se detuvo un momento frente a la verja para recuperar la compostura. Teniendo en cuenta todos los sermones que había echado a sus hijos, era preferible no entrar en casa con aspecto de haber bebido. Las estrellas giraban y se hundían en el firmamento, y estuvo en un tris de vomitar. Pero le daba igual. Había sido una buena noche, la primera que salía con las amigas desde hacía siglos. Aunque tenía claro que no eran las amigas lo que la había hecho tan especial, y se dio cuenta de que tenía una enorme sonrisa tonta en la cara. Por suerte estaba oscuro y nadie la veía.

En la puerta volvió a detenerse y rebuscó dentro del bolso, entre los perfiladores de ojos, los pañuelos de papel manchados de carmín y las monedas sueltas, buscando la llave. Sus dedos encontraron el pedazo de papel arrancado de una esquina de la carta del bar. Un número de teléfono y un nombre. «Llámame pronto.» A continuación, un corazoncito. El primer hombre al que tocaba desde que Geoff se había marchado. Todavía sentía los huesos de la columna de él bajo sus dedos mientras bailaban. Qué pena haber tenido que marcharse tan temprano.

Cerró el bolso y escuchó. Nada. Estaba todo tan silencioso que oía el zumbido de la música de la noche como una presión en los oídos. ¿Era posible que Luke estuviera durmiendo? Laura dormía como un tronco, pero en cambio su hijo no parecía haberle cogido nunca el truco. Incluso ahora que había dejado los estudios y no tenía por qué levantarse temprano, normalmente estaba despierto antes que ella. Julie abrió la puerta y

escuchó de nuevo mientras se quitaba los zapatos, que la estaban matando desde que había salido del metro hacía horas. Por Dios, no bailaba así desde que tenía veinticinco años. Había silencio. Ni música, ni televisión, ni pitidos de ordenador. Qué suerte, pensó. Qué puta suerte. Quería dormir y tener sueños sensuales. En la calle se puso en marcha un motor.

Encendió la luz. El brillo le hirió la cabeza y se le revolvió el estómago de nuevo. Dejó el bolso y subió rápidamente la escalera para ir al baño, tropezando por el camino. No tenía ninguna intención de vomitar sobre la moqueta nueva del vestíbulo. La puerta del baño estaba cerrada, y vio una rendija de luz por debajo. De la rejilla de ventilación salía un lejano burbujeo que indicaba que se estaba llenando la bañera. No podía ser más propio de él. Le costaba horas convencer a Luke para que se duchara por la mañana, y entonces él decidía tomar un baño en plena noche. Llamó a la puerta, pero ya sin prisas. El malestar había pasado.

Luke no respondió. Debía de estar de mal humor. Julie sabía que no era culpa suya y que tenía que ser paciente, pero a veces, cuando se ponía tan raro con ella, le daban ganas de estrangularlo. Cruzó el rellano para ir a la habitación de Laura. De repente, al ver a su hija se puso sentimental y recordó que tenía que hacer el esfuerzo de pasar más tiempo con ella. Los catorce eran una edad difícil para una niña, y últimamente Julie había estado tan pendiente de Luke que Laura casi le parecía una desconocida. Se había hecho mayor sin que Julie se diera cuenta. Estaba boca arriba, con los cabellos de punta muy negros sobre la almohada, roncando ligeramente con la boca abierta. Era un mal momento para su alergia. Julie vio que la ventana estaba abierta y, a pesar del calor que hacía, la cerró para que no entrara el polen. Por detrás de la casa la luz de la luna bañaba el campo donde habían recortado la hierba.

Volvió al baño y golpeó la puerta con la mano plana.

—Oye, ¿vas a estar toda la noche ahí dentro o qué? —Al tercer golpe, la puerta se abrió. No estaba cerrada con pestillo. Olía a un aceite de baño, fuerte y dulzón, que Julie no reconoció

como suyo. La ropa de Luke estaba pulcramente doblada sobre la taza del váter.

Siempre había sido guapo, incluso de niño. Mucho más atractivo que Laura, lo que no parecía justo. Eran los cabellos rubios y los ojos oscuros, las pestañas largas y negras. Julie lo miró, sumergido bajo el agua de la bañera, con los cabellos levantados, como frondas de algas, hacia la superficie. No le veía el cuerpo a causa de las flores. Flotaban en el agua perfumada. Solo las corolas, sin tallos ni hojas. Grandes margaritas silvestres, las que crecían en los campos de maíz cuando ella era pequeña. Amapolas hinchadas, con los pétalos rojos ya translúcidos. Y flores azules enormes, que ella había visto en jardines del pueblo pero que no sabía cómo se llamaban.

Julie debió de gritar. Lo oyó como si fuera otro el que hubiera hecho el ruido. Pero Laura siguió durmiendo, y Julie tuvo que sacudirla para despertarla. Los ojos de la niña se abrieron de repente, enormes. Parecía aterrada y Julie se puso a murmurar, consciente de que estaba mintiendo.

—No pasa nada, cariño. No pasa nada. Pero tienes que levantarte.

Laura sacó las piernas de la cama. Estaba temblando, pero no despierta del todo. Julie la rodeó con un brazo y la sostuvo mientras bajaban la escalera dando traspiés.

Se quedaron así, abrazadas, en la entrada de la casa de la vecina, y su propia silueta recortada en la pared por la farola hizo pensar a Julie en personas en una alocada carrera de tres patas. Una salida por los pubs de las que hacían los estudiantes. Se apoyó en el timbre hasta que las luces de arriba se encendieron, se oyeron pasos y tuvo a alguien con quien compartir la pesadilla.

2

A Felicity Calvert le angustiaba haberse vuelto tan obsesiva con el sexo. En una ocasión, en la sala de espera del médico, había leído en una revista que los chicos adolescentes pensaban en el sexo cada seis minutos. Entonces le costó creérselo. ¿Cómo podían llevar una vida normal esos jóvenes –ir a la universidad, ver una película, jugar al fútbol– si estaban distraídos tan a menudo? Y su propio hijo ¿qué? Viendo a James jugar en el suelo con su Lego, era imposible imaginar que en unos pocos años estaría igualmente obsesionado. En cambio ahora pensaba que un intervalo de seis minutos entre fantasías sexuales era un cálculo más bien conservador. Al menos en su caso. Hacía un tiempo que, hiciera lo que hiciera, la acompañaba una conciencia de su cuerpo y sus reacciones, un fondo inquietante, de vez en cuando placentero, en las rutinas de la vida cotidiana. Para alguien de su edad parecía poco apropiado. Era como si se hubiera presentado en un funeral vestida de rosa.

Estaba en el jardín recogiendo las primeras fresas. Levantó la red con cuidado y metió la mano debajo, entre la malla y el lecho de paja. Todavía eran pequeñas, pero serían suficientes para la merienda de James. Probó una. Estaba caliente por el sol y era muy dulce. Miró el reloj y vio que era casi la hora del autobús escolar. Diez minutos más y tendría que lavarse las manos e ir calle abajo a buscar a su hijo. No lo hacía siempre. El niño decía que era lo bastante mayor para ir caminando a casa solo y, por supuesto, era cierto. Pero hoy llevaba el violín y se alegraría de verla porque le ayudaría a cargar con sus cosas. Por un momento

se preguntó si vendría el viejo conductor de autobús o el joven con los brazos musculosos y la camiseta sin mangas, y volvió a mirar el reloj. Solo dos minutos desde la última vez que había pensado en el sexo. Volvió a tener el pensamiento de que a su edad era ridículo.

Felicity tenía cuarenta y siete años. Tenía marido y cuatro hijos. Tenía un nieto, por el amor de Dios. Faltaban pocos días para que Peter, su marido, cumpliera sesenta. Las burbujas de lascivia salían a la superficie aleatoriamente, cuando menos se lo esperaba. No había hablado de ello con Peter. Por supuesto que no. Él no era el objeto de su deseo, ni mucho menos. Últimamente casi nunca hacían el amor.

Se levantó y caminó por el césped hacia la cocina. Fox Mill estaba en el terreno de un antiguo molino. Era una casa grande, construida en los años treinta, un retiro costero para un propietario de barco de la ciudad. Y con sus líneas suaves y curvas, y el canal del molino fluyendo a un lado, parecía un barco. Un gran barco *art déco*, varado muy fuera de lugar en aquella tierra de cultivo y llana, con la proa apuntando al mar del Norte y la popa mirando a las colinas de Northumberland que despuntaban en el horizonte. Un porche largo ocupaba un lado a modo de cubierta, poco práctico en un lugar donde casi nunca hacía suficiente calor para sentarse fuera. A Felicity le encantaba la casa. No se la habrían podido permitir jamás con un sueldo de profesor, pero los padres de Peter murieron poco después de que él y Felicity se casaran y todo su dinero fue a parar a él.

Felicity dejó el cesto de las fresas sobre la mesa y se miró la cara en el espejo del recibidor, pasándose los dedos por los cabellos y retocándose el carmín. Era mayor que las madres de los amigos de James, y detestaba la idea de que pudiera sentirse avergonzado.

En la calle los saúcos estaban en flor. Su fragancia le hizo rodar la cabeza y se le quedó pegada a la garganta. A ambos lados de la calle el maíz estaba madurando. La cosecha era demasiado densa

para tener flores, pero en el campo de su propiedad, cerca de la casa, había ranúnculos, tréboles y vezas. El asfalto lleno de baches brillaba en la distancia con la neblina del calor. El sol lucía sin parar desde hacía tres días.

Aquel fin de semana era el cumpleaños de Peter, y Felicity estaba planificando lo que podían hacer. Los chicos vendrían el viernes por la noche. Para ella eran los chicos, aunque por lo menos Samuel fuera tan mayor como ella. Si el tiempo se mantenía así, el sábado podrían hacer un pícnic en la playa, y una excursión a las islas Farne para ver frailecillos y araos aliblanco. A James le encantaría. Miró el cielo con los ojos entornados, intentando intuir la llegada de un frente frío, la más mínima nube en el horizonte. No había nada. Consideró que quizá haría suficiente calor para bañarse y se imaginó las olas rompiendo contra su cuerpo.

Cuando llegó al final de la calle, no vio el autobús por ninguna parte. Subió a la plataforma de madera donde antiguamente se dejaban las lecheras de la granja para que las recogiera el camión de la leche. La madera estaba caliente y olía a alquitrán. Se echó hacia atrás y de cara al sol.

En dos años, James iría a la escuela secundaria. Felicity temía ese momento. Peter quería que fuera a la escuela privada de la ciudad, a la misma que había ido él. Felicity había visto a los chicos con sus americanas de rayas en el metro. Le parecían muy seguros de sí mismos y ruidosos.

—Pero ¿cómo va a ir hasta allí? —había objetado ella. No era su auténtico motivo. No creía que un ambiente competitivo fuera bueno para James. Era un niño lento y soñador. Se las arreglaría mejor trabajando a su ritmo. La escuela del pueblo de al lado sería mejor para él. Incluso el instituto de Morpeth, donde habían estudiado sus otros hijos, le había parecido exigente.

—Yo lo llevaría y lo recogería —le respondió Peter—. Como habrá muchas actividades después de la escuela, estará ocupado hasta que yo termine de trabajar.

Esto la había puesto incluso más en contra del plan. El tiempo que pasaba con James cuando volvía a casa de la escuela era especial. Sin eso, le parecía que era como perder a su hijo.

Oyó el autobús gruñendo en la subida y se sentó más erguida, entornando los ojos contra el sol para ver cómo se acercaba. El conductor era Stan, el viejo. Lo saludó con la mano, disimulando su decepción. Normalmente, en aquella parada se apeaban tres niños: las mellizas de la granja y James. Aquel día bajó primero una desconocida, una chica con sandalias de tiras de piel y un vestido rojo y amarillo sin mangas, con el corpiño ajustado y la falda de vuelo. A Felicity le encantó el vestido, la caída de la falda y la exuberancia de los colores —últimamente los jóvenes preferían el negro o el gris, incluso en verano—, y cuando vio que la chica ayudaba a James a bajar del autobús cargado con las bolsas y el violín, le cayó simpática de inmediato. Las mellizas cruzaron la calle y subieron por el camino de la granja, el autobús se fue y los tres se quedaron, un tanto incómodos, junto al seto.

—Es la señorita Marsh —dijo James—. Trabaja en nuestra escuela.

La chica llevaba un cesto grande de paja colgado del hombro con una tira de piel. Alargó una mano, que era muy morena, larga y huesuda. El cesto le resbaló del hombro y Felicity vio que contenía carpetas y un libro de la biblioteca.

—Lily. —Tenía una voz transparente—. Soy estudiante. Son mis últimas prácticas de maestra. —Sonrió como si esperara que Felicity se alegrara de conocerla.

—Le he dicho que podía venir y quedarse en nuestra casita de invitados —dijo James, y se puso a caminar, tan tranquilo, sin preocuparse por cuál de las dos mujeres cargaba con sus cosas.

Felicity no supo qué decir.

—¿Le ha comentado que busco un sitio para vivir? —preguntó Lily.

Felicity negó con la cabeza.

—Vaya por Dios, qué vergüenza. —Pero no parecía muy avergonzada. Parecía considerablemente segura de sí misma, como si el incidente le pareciera divertido—. Venir de Newcastle cada día sin coche ha sido una pesadilla. El director preguntó en asamblea si alguien sabía de un alojamiento. Pensábamos en un hotel o alguien que quisiera alquilar una habitación. Y ayer James

dijo que usted tenía una casita para alquilar. Esta tarde he intentado telefonarla, pero no ha contestado nadie. Su hijo me ha dicho que probablemente estaría usted en el jardín y que viniera de todas formas. Creí que lo habría hablado con usted. Era difícil decir que no...

—Oh, sí —convino Felicity—. Puede ser muy insistente.

—Oiga, no se preocupe. Hace una tarde preciosa. Iré caminando al pueblo, y sale un autobús a las seis de vuelta a la ciudad.

—Déjame que lo piense —dijo Felicity—. Ven a tomar el té.

Habían tenido inquilinos en la casita otras veces, pero nunca había funcionado. Al principio les fue bien tener una fuente de ingresos extra. Incluso con el dinero de los padres de Peter los pagos de la hipoteca habían sido una pesadilla. Después, con tres hijos de menos de cinco años, habían pensado que podían utilizarla para una niñera o una canguro. Pero tuvieron quejas por el frío y por un grifo que goteaba y por la falta de comodidades modernas. Tampoco se sentían cómodos teniendo a un desconocido viviendo tan cerca de la familia. Habían vivido la responsabilidad del inquilino como un estrés añadido. Aunque ninguno de ellos fue especialmente molesto, siempre había sido un alivio verlos marchar. «Nunca más», había dicho Peter después de que se fuera el último inquilino, una canguro sueca muerta de añoranza. Felicity no estaba segura de querer tener a otra mujer joven tan cerca de casa, aunque solo fuera por cuatro semanas, hasta el final del trimestre.

Sentados a la mesa de la cocina, con la brisa del mar agitando la cortina de muselina de la ventana abierta, Felicity Calvert pensó que probablemente dejaría que la joven se quedara si era eso lo que quería. A Peter no le importaría mucho si era para un período corto.

James se sentó con ellas a la mesa, rodeado de tijeras, recortes de papel y cola. Bebía zumo de naranja y estaba haciendo una tarjeta de felicitación para su padre. Era algo elaborado, con fotos de Peter sacadas de álbumes antiguos y pegadas como un *collage* alrededor de un gran sesenta hecho con cinta y purpurina.

Lily lo admiró y preguntó por las fotografías más antiguas. Felicity percibió el placer de James por el interés de la joven y sintió una punzada de gratitud.

—Si vives en Newcastle —dijo—, imagino que no utilizarás la casita los fines de semana.

Creyó que ese podía ser otro punto favorable para exponérselo a Peter. «Solo estará aquí durante la semana. Y trabajas hasta tan tarde que ni te enterarás de que está.»

La casita estaba después de un prado lleno de flores silvestres. Además del jardín, era el único terreno que poseían. Vista desde la casa, la construcción parecía tan pequeña y baja que costaba creer que alguien pudiera vivir allí. Había un sendero trillado en el campo, y Felicity se preguntó quién habría estado allí después de que hubiera crecido la hierba. Probablemente James. Lo utilizaba como estudio cuando tenía amigos con quienes jugar, aunque tenían la casita cerrada y no recordaba que él le hubiera pedido la llave últimamente.

—Llamarla casa de invitados hace que parezca algo más de lo que es —dijo—. Es solo una habitación arriba y otra abajo, con un baño en la parte de atrás. Es donde vivía el jardinero cuando se construyó la casa. Antes creo que era una pocilga o un cobertizo.

La puerta estaba cerrada con un candado. La abrió y dudó, sintiéndose incómoda de repente. Le habría gustado haber podido echar un vistazo a la casa antes de invitar a una desconocida a verla. Debería haber dejado a Lily en la cocina mientras ella comprobaba en qué estado estaba todo.

Pero aunque enseguida notó la humedad, estaba bastante ordenada. La chimenea estaba vacía, aunque no recordaba haberla limpiado después de que su hija menor y su marido estuvieran allí por Navidad. Las cazuelas colgaban de sus ganchos en la pared y el hule de la mesa estaba limpio. Se estaba agradablemente fresco después del calor del prado. Abrió la ventana.

—Están cortando la hierba en la granja —dijo—. Se huele desde aquí.

Lily había entrado. Era imposible saber lo que le parecía el sitio. Felicity había esperado que se enamorara de la casa y se ofendió. Fue como si hubiera rechazado un ofrecimiento de amistad. Acompañó a la chica al pequeño baño. Señalando que la ducha era nueva y las baldosas se habían cambiado recientemente, se sintió como un agente inmobiliario deseoso de hacer una venta. ¿Por qué me comporto así?, pensó. Ni siquiera estaba segura de querer que la joven se quedara.

Lily habló por fin.

—¿Podemos mirar arriba? —Y fue hacia la estrecha escalera de madera que llevaba arriba directamente desde la cocina. Felicity experimentó el mismo malestar que había sentido al pararse en la puerta de la casita. Le habría gustado haberlo revisado antes.

Pero, de nuevo, todo estaba más ordenado de lo que se esperaba. La cama todavía estaba hecha, el edredón y las mantas de recambio dobladas pulcramente al pie. Había polvo en el armario pintado y el tocador, así como en los marcos de las fotografías familiares que había encima, pero ninguno de los trastos y porquerías que normalmente quedaban después de la estancia de su hija. En el alféizar de la amplia ventana había un jarrón con rosas blancas. Uno de los pétalos había caído, y ella lo recogió distraídamente. Seguro que Mary ha estado aquí aunque no se lo haya pedido, pensó Felicity. ¡Realmente es un sol! ¡Tan discreta y eficaz! Mary Barnes iba a limpiar un par de veces por semana.

Pero cuando estaba cerrando el candado, Felicity calculó que las rosas no podían haber estado allí desde hacía más de unos días, y Mary, una mujer sin imaginación, nunca habría pensado en un detalle semejante sin que le mandaran hacerlo.

Se quedaron un momento fuera de la casita.

—¿Y bien? —preguntó Felicity—. ¿Qué te ha parecido? —Percebió una nota de falsa alegría en su propia voz.

Lily sonrió.

—Es preciosa —dijo—. En serio. Pero tengo mucho en que pensar. Le diré algo la semana que viene.

Felicity tenía la intención de acompañarla, al menos hasta la parada de autobús del pueblo, pero Lily se volvió y echó a caminar por el prado. Felicity no fue capaz de gritarle algo o correr tras ella, y se quedó mirando hasta que la figura roja y amarilla desapareció entre la hierba alta.

3

Julie no podía parar de hablar. Sabía que parecía tonta, pero se le escapaban las palabras, y la mujer gorda encajada en el sillón Delcor que Sal había comprado de rebajas el año anterior se limitaba a escuchar. No tomaba notas, ni hacía preguntas. Solo escuchaba.

—Fue un bebé fácil. No como Laura. Después de Luke, ella fue un auténtico *shock*. Una señorita muy exigente que o dormía o lloraba o tenía un biberón en la boca. Luke era... —Julie calló, intentando encontrar la palabra adecuada; la inspectora gorda no la interrumpió y le dejó tiempo para pensar... tranquilo, plácido. Estaba todo el día despierto, mirando las sombras del techo. Un poco lento a la hora de hablar, pero para entonces ya tenía a Laura y la trabajadora social estimó que era por eso. Que ella era tan vivaracha que me robaba todo el tiempo y me absorbía toda la energía, de modo que Luke se quedaba sin nada. No tenía por qué preocuparme, dijo la trabajadora social. Se pondría al día en cuanto fuera a la guardería. Geoff todavía vivía con nosotros, pero trabajaba mucho fuera. Es yesero. Hay más dinero en el sur y se fue a trabajar para una de esas agencias y acabó en Canary Wharf... Era demasiado, con dos niños de menos de tres años y sin un hombre en casa.

Entonces la mujer sí reaccionó, asintiendo apenas con la cabeza para demostrar que lo entendía.

—Lo llevé a la guardería de la escuela del pueblo. Al principio no quería ir y tuvieron que arrancármelo de encima, y cuando volví al cabo de una hora todavía lloraba. Me rompí el corazón,

pero pensé que era lo mejor para él. Necesitaba compañía. La trabajadora social dijo que hacía bien. Y al final se acostumbró. Pero siempre me miraba con esos ojos. Sin hablar, pero como diciendo: «No me obligues a ir, mamá. Por favor, no me obligues». —Julie estaba sentada en el suelo, con las rodillas dobladas hacia la barbilla, abrazándose las piernas con fuerza. Miró a la inspectora, que seguía observando y esperando. Se le ocurrió pensar que aquella mujer, grande y fuerte como una roca, podía haber vivido una tragedia. Por eso era capaz de estar sentada sin hacer aquellos estúpidos ruiditos comprensivos que habían hecho Sal y el médico. Aquella mujer sabía que nada de lo que pudiera decir la haría sentir mejor. Pero a Julie no le importaba la tristeza de la inspectora, y la idea se esfumó. Volvió a su narración.

—Fue por entonces cuando Geoff regresó de Londres. Dijo que estaba cansado del trabajo, pero me enteré por su compañero de que se había peleado con el capataz. Es un buen trabajador, Geoff, y no le gusta que le hagan perder el tiempo. Fue una mala época para él. No es de los que saben estar sin hacer nada, y estaba acostumbrado a ganar dinero. Me hizo la cocina nueva y reformó el baño. No se creería cómo estaba la casa cuando nos mudamos. Pero entonces se acabó el dinero...

Sal había preparado té. En una tetera, no con bolsas en tazas como lo hacía siempre ella. Julie se estiró hacia la bandeja y se sirvió otra taza. No es que le apeteciera, pero le dio tiempo para pensar lo que quería decir.

—No fue una buena época. Geoff no estaba acostumbrado a los críos. Cuando trabajaba en Londres, solo podía venir un fin de semana largo al mes. Entonces era una novedad tenerlo aquí. Estaba muy encima de ellos y les traía regalos. Todos nos comportábamos la mar de bien. Y todas las noches salía al club a beber con sus amigos. Cuando volvió para siempre no podía ser así. Ya se lo imagina. Ropa de bebé secándose en el radiador y juguetes por el suelo. Pañales sucios... A veces perdía la paciencia, sobre todo con Luke. Laura reía y jugaba con él. Luke parecía vivir en su mundo. Geoff nunca le pegó. Pero le gritaba y, Luke se asustaba tanto que cualquiera habría dicho que le habían golpeado.

Yo también gritaba a todas horas, pero sabían que no significaba nada. Se salían con la suya de todos modos. Con Geoff era diferente. Incluso yo me asustaba.

Calló un momento, pensando en Geoff y su temperamento, en la oscuridad que se cernía sobre la casa después de uno de sus arrebatos. Pero no podía estar callada mucho rato y las palabras empezaron a salir de nuevo.

—Luke no dio problemas en el parvulario. Incluso parecía que le gustara ir. Quizá se había acostumbrado porque la guardería estaba en el mismo edificio. En primero tenía una maestra estupenda, la señora Sullivan. Era como una abuela para ellos, se los sentaba en las rodillas cuando les enseñaba a leer. Me dijo que Luke tenía problemas; nada del otro mundo, pero que sería mejor que le echaran un vistazo. Quería que fuera a un psicólogo. Pero yo no tenía dinero, o la lista de espera era demasiado larga, y nunca llegué a hacerlo. Geoff dijo que lo único que le sucedía a Luke era que era un vago. Después nos dejó. Dijo que lo sacábamos de quicio. Que le minábamos la moral. Pero yo sabía perfectamente que se había liado con una enfermera del hospital. Acabaron viviendo juntos. Ahora están casados.

Volvió a callar un momento. No porque se hubiera quedado sin nada que decir, sino porque necesitaba recuperar el aliento. Creía que Geoff siempre había sabido que a Luke le sucedía algo. Se veía por la desconfianza con que miraba al niño mientras jugaba. Simplemente no quería reconocerlo.

Eran las ocho y media de la mañana. Todavía estaban sentadas en casa de la vecina, en el salón de Sal. En el exterior pasó el cartero, mirando al policía apostado frente a la puerta de la casa de Julie. Los niños reían y se perseguían calle abajo, camino de la escuela.

La inspectora gorda se echó hacia delante, no para presionar a Julie para que siguiera, más bien para mostrarle que estaba dispuesta a esperar, que tenía todo el tiempo del mundo. Julie bebió un poco de té. No le contó a la mujer de qué modo miraba Geoff a Luke. En lugar de eso, avanzó un año en el relato.

—Las pataletas empezaron cuando tenía unos seis años. Le daban sin más, y no había forma de controlarlo. Mi madre decía

que era culpa mía por mimarlo demasiado. Ya no estaba en la clase de la señora Sullivan, pero ella era la única con quien podía hablar realmente en la escuela y decía que era frustración. No podía explicarse como Dios manda, y aunque se esforzara por aprender a leer y escribir, de repente todo era demasiado para él. Una vez empujó a un chico que se burlaba de él. El otro tropezó y se abrió la cabeza en el patio. Vino una ambulancia, y ya se puede imaginar cómo fue la espera cuando fui a recoger a los niños aquella tarde, todas las demás madres señalando y cuchicheando. Luke estaba muy afectado. Quería ir a visitar al chico al hospital, y eso que, si lo piensas, fue el otro el que empezó burlándose de él. Se llamaba Aidan. Aidan Noble. Su madre se lo tomó bien, pero su padre vino a casa a desahogarse. Gritando en nuestra puerta para que se enterara toda la calle.

»El director me mandó llamar. El señor Warrender. Era un hombre bajo y rechoncho, con un pelo fino y escaso, de ese que no cubre toda la calva. Lo vi el otro día en la ciudad y al principio no lo reconocí, porque se ha puesto un tupé. No fue antipático. Me preparó un té y todo eso. Me dijo que Luke tenía problemas de comportamiento y que no estaban seguros de poder tratarlo en la escuela. Me sentí avergonzada. Me eché a llorar. Entonces le conté lo que me había dicho la señora Sullivan sobre que Luke se sentía frustrado y que si hubieran insistido para que Luke viera a un especialista antes podría ser que no hubiese llegado a ese punto. Y parece que el señor Warrender me escuchó, porque Luke vio a alguien. Le hicieron pruebas, y dijeron que tenía dificultades de aprendizaje, pero que podría quedarse en la escuela con un poco de apoyo. Y eso fue lo que sucedió.

Julie volvió a callar. Quería que la mujer gorda entendiera cómo se había sentido, el alivio de saber que las pataletas y los cambios de humor no eran culpa suya. Su madre se había equivocado en eso. Luke era especial, diferente, lo había sido desde el principio. Nada de lo que Julie pudiera haber hecho habría alterado esa realidad. Y la mujer parecía entender lo importante que había sido, porque por fin se permitió hablar.

—Así que no estaba sola.

—No sabe —dijo Julie— lo bien que me hizo sentir.

La mujer asintió. Pero ¿cómo podía saberlo, si no había tenido hijos? ¿Cómo podía saberlo nadie, si no habían tenido un hijo con problemas de aprendizaje?

—Podía soportar que algunas personas hablaran de nosotros, y también los cuchicheos a la puerta de la escuela sobre la ayuda especial que le daban, porque todo había salido a la luz y la mayoría de la gente era muy amable. Hubo un maestro de apoyo que vino solo para ayudarlo. Y a Luke le fue bien. Vaya, que nunca sería un genio, pero se esforzó y adelantó en la lectura y la escritura, y en algunas cosas era bueno. Como cualquier cosa relacionada con ordenadores, que la aprendía realmente deprisa. Fueron buenos años. Laura también había empezado a ir a la escuela y yo tenía un poco de tiempo para mí. Encontré un trabajo a tiempo parcial en la residencia de ancianos del pueblo. Mis amigas no entendían por qué lo disfrutaba tanto, pero me gustaba. Me hacía sentir útil, supongo. A Geoff nunca le interesó ver a los niños, pero con el dinero se portó bien. Quiero decir que nunca pasaba nada especial, ni vacaciones ni noches locas, pero nos las arreglábamos.

—Pero no debió de ser fácil —dijo la inspectora.

—Bueno, fácil no fue —concedió Julie—. Pero me apañaba. Luke empezó a tener problemas de nuevo cuando entró en el instituto. Algunos chicos vieron que era vulnerable y se aprovecharon. Le provocaban para que se portara mal en clase. Siempre era a él al que pillaban. Empezó a hacerse mala fama. Usted debe de saber cómo va. Debe de verlo todo el rato. Avisaron a la Policía cuando lo pillaron robando en unas obras. Tuberías de plástico. ¿Qué iba a hacer con ellas? Alguien le había ofrecido unas libras por llevárselas, pero no se trataba de eso. Quería caerle bien a la gente. Toda la vida lo habían marginado. Quería tener amigos.

Lo entiende, ¿verdad?, pensó Julie. No sabía cómo se las habría arreglado sin sus amigas. Al más mínimo problema con Geoff corría al teléfono para hablar con ellas. Les contaba lo

preocupada que estaba por Luke cuando estaba enfermo. Y se presentaban al momento con una botella de vino. Deseosas de cotillear, sin duda, pero también de apoyarla.

—Tuvo un buen amigo —siguió—. Un chico llamado Thomas. Se conocieron cuando Luke empezó en el instituto. Era un poco gamberro. No paraba de meterse en líos con la Policía, pero cuando hablabas con él entendías por qué. Su padre había estado en la cárcel casi todo el tiempo mientras él era un niño, y su madre nunca parecía estar muy pendiente de él.

»Nunca habría elegido a Thomas para amigo de Luke, pero tampoco era un mal muchacho. Y parecía gustarle pasar el rato en casa. Al final prácticamente vivía con nosotros. No molestaba. Estaban arriba, en la habitación de Luke, mirando vídeos o metidos en el ordenador, y mientras estaban allí no robaban, ¿no? Ni se peleaban, como muchos de sus compañeros. Y se llevaban la mar de bien. A veces los oías reír por una tontería y a mí me encantaba saber que Luke tenía un amigo.

»Entonces Thomas murió. Se ahogó. Unos chicos estaban haciendo el gamberro en el muelle de North Shields. Se cayó y no sabía nadar. Nuestro Luke también estaba. Se lanzó al agua e intentó salvar a Thomas, pero fue demasiado tarde.

Julie calló. En la calle pasó un tractor con un remolque con un montón de balas de heno.

—Luke no quiso hablar de ello. Se encerraba en su habitación durante horas. Pensé que necesitaba tiempo, ¿sabe?, para superarlo. Para pasar el luto. Dejó de ir a la escuela, pero tenía quince años entonces y no iba a hacer los exámenes, así que lo dejé en paz. Había hablado con la señora que dirige la residencia y me dijo que quizá le encontraría algún trabajo cuando cumpliera dieciséis, ayudando en la cocina. Había venido a trabajar conmigo algunas veces y los ancianos le habían tomado cariño. Pero debí darme cuenta de que necesitaba ayuda. No era normal la forma como se comportaba, pero Luke nunca fue normal en realidad, ¿verdad? Así que, ¿cómo iba a saberlo?

»Dejó de lavarse y de comer, y se quedaba despierto toda la noche. A veces oía su voz, como si hablara con alguien en su

cabeza. Fue entonces cuando fui al médico. Él hizo que lo ingresaran en Saint George's. El hospital psiquiátrico, ya sabe. Dijeron que estaba muy deprimido. Estrés postraumático. Detestaba visitarlo allí, pero era un alivio no tenerlo en casa. Me sentía culpable de pensar así, pero es la verdad.

—¿Cuándo volvió a casa? —preguntó la mujer gorda. Su primera pregunta.

—Hace tres semanas, y parecía estar mejor. De verdad. Triste todavía, claro, por la muerte de Thomas. A veces se echaba a llorar solo de pensar en él. Y seguía viendo al médico como paciente externo. Pero no estaba loco. Ni mucho menos. Esta es la primera noche que salgo desde hace meses. Lo necesitaba, pero no habría salido de haber pensado que no estaba bien. Nunca habría creído que haría algo así.

La mujer se echó hacia delante y tomó la mano de Julie y la tapó con su manaza.

—No fue culpa suya —dijo—. Luke no se suicidó. —Miró a Julie para asegurarse de que la escuchaba, que lo entendía—. Estaba muerto antes de que lo metieran en la bañera. Lo asesinaron.

Estaban sentados a la mesa de la cocina, desayunando. El sol, bastante elevado en el cielo, rebotaba sobre la vajilla amarilla del aparador y se reflejaba en el techo. Peter estaba untando mantequilla en una tostada y hablando, quejándose por un informe que había enviado a la Comisión Británica de Aves Raras y había sido rechazado. Felicity aparentaba comprensión, sin seguir del todo el hilo de la charla. Tenía mucha práctica. Cuando era joven, Peter estaba convencido de estar destinado a la grandeza. Lo habían descrito como el mejor científico joven de su generación. Ahora, cerca de la jubilación, se había dado cuenta de que el mundo de la historia natural no reconocía sus capacidades. Expresaba su desilusión de una forma que a Felicity le parecía grosera y fea, con comentarios sarcásticos sobre otros empleados del departamento, y su falta de rigor, y despreciaba a otros observadores de aves como simples buscadores de pájaros raros, diciendo que no valoraban la importancia de trabajar en tu zona. Felicity comprendía de donde procedía su decepción. Deseaba con todo su corazón que se reconociera su talento. Sería maravilloso que encontrara un ave rara espectacular cerca de casa. O que le promocionaran dentro de la universidad. Pero sus quejas la irritaban. De vez en cuando se sorprendía a sí misma preguntándose si de verdad era un hombre tan importante como había creído cuando se casaron. Entonces lo miraba, veía la ansiedad y la tristeza en su cara y se sentía desleal. Le acariciaba el rostro con el dedo o lo besaba mientras estaba en medio de una frase, provocándole una sonrisa inesperada que lo hacía parecer veinte años más joven.

—¿A qué hora llegan los demás? —preguntó, interrumpiendo sus pensamientos. Parecía ilusionado. Como si el mal humor se hubiera disipado. Felicity sospechó que estaba más ilusionado por ver a sus amigos que por ella. Ella ya no ejercía ese efecto en él.

Felicity había estado pensando en Lily Marsh, la estudiante de magisterio, y en si aceptaría la oferta de alojamiento. Felicity se daba cuenta de que no habían hablado de dinero. Tal vez ese había sido el problema, el motivo de que Lily se hubiera marchado tan precipitadamente. Quizá al ver la casita, tan pintoresca, aunque un tanto rudimentaria, Lily había pensado que el alquiler sería inalcanzable para ella. Al fin y al cabo, solo era una estudiante. Felicity se preguntó si debería mandar una nota a la escuela con James, algo agradable pero muy preciso, mencionando una suma que no la desanimara. Estaba redactando la carta mentalmente cuando Peter habló.

Desvió sus pensamientos al tema que los ocupaba. La comida de cumpleaños de Peter. Un ritual. Los mismos tres amigos invitados año tras año.

—Les he dicho que cenaríamos a las ocho, previo paseo al faro. —El paseo al faro también era un ritual.

Oyó la furgoneta del cartero en la calle y después los sobres que caían en el suelo del recibidor. Dejó a Peter con su tostada y fue a recogerlos. Todas las cartas eran para él. Reconoció la letra de sus hijos en tres felicitaciones. Dejó las cartas sobre la mesa delante de él. Peter las guardó en su maletín sin abrirlas. Siempre lo hacía así, siempre las guardaba para abrirlas en el trabajo. Felicity se había llegado a preguntar si tenía algo que ocultar; en un momento de fantasía se imaginó a otra mujer, una familia secreta. Pero simplemente se había convertido en un hábito. Lo hacía sin pensar.

Después de cerrar el maletín, se levantó. Hubo un frenesí de actividad; Peter había prometido a James que lo acompañaría al autobús y se quedó al pie de la escalera gritándole para que se apresurara. Había bolsas que recoger, y estuvieron a punto de dejarse el almuerzo. Felicity se dio cuenta de que no había

llegado a escribir la nota para Lily Marsh. Estuvo a punto de gritar algo a James cuando se dirigía al coche: «Dile a la señorita Marsh que me llame por lo de la casita». Pero Peter quería saber de qué hablaba, y ahora no podía retrasarlo. Además, podía ser que no le gustara la idea. Tendría que venderle el plan cuando las cosas estuvieran menos tensas. Apartó a Lily Marsh de sus pensamientos. Por fin el coche se alejó y la casa quedó maravillosamente silenciosa.

Se sentó a tomar otro café e hizo una lista para la tienda de la granja. Tenía las comidas del fin de semana planificadas en la cabeza. Había un pastel, naturalmente, ya horneado y glaseado. Era una pena que los tres hijos mayores vivieran demasiado lejos para probarlo. Para cenar esa noche serviría un guiso de ternera, sabroso y contundente, aderezado con aceitunas y vino tinto. Lo tenía hecho en la despensa y solo necesitaría calentarlo. De repente cambió de idea. Hacía demasiado calor para la ternera. Si Neil en la granja tenía un par de pollos, prepararía aquel plato español con limones partidos y romero y ajo. Sería mucho más ligero, deliciosamente aromático y mediterráneo. A Samuel le gustaría. Podía poner una mesa larga fuera en el porche y lo acompañarían con arroz blanco y una gran ensalada verde, y fingirían estar rodeados de naranjos y olivos.

A veces, cuando hablaba con otras madres que entraban y salían rápidamente de su casa para dejar a sus hijos o para recoger al suyo, se preguntaba si se estaría perdiendo algo por no tener un empleo remunerado. Parecían atónitas cuando se enteraban de que se quedaba en casa todo el día. Pero ¿qué podía haber hecho? Antes del matrimonio no había llevado una vida muy plena. No tenía títulos, ya penas poseía capacidades prácticas. Además, Peter dependía de que ella estuviera allí, tranquila y descansada, para cuidarlo cuando volvía de sus desilusiones en el trabajo. Sin duda necesitaba que no le hiciera la competencia. ¡No se podía imaginar cómo habría sido su vida si ella hubiera sido una abogada o una empresaria de éxito! La idea la hizo sonreír.

El aire en la tienda de la granja era fresco; la puerta al patio estaba abierta y dejaba entrar el olor a vaca y hierba. Era

la primera clienta. Neil todavía estaba llenando la nevera. El mostrador enorme de madera, el cuchillo de carnicero, los demás cuchillos largos y afilados todavía estaban limpios. Pesó los pollos y se los metió en el cesto.

—No son de gallinas de granja. —Sabía que a Felicity le interesaría—. Son de gallinero, no enjauladas. Notará la diferencia.

—El cerdo de la semana pasada era estupendo.

—Ah —dijo—. La cocina es lo más importante, señora Calvert. Y la cría. Yo solo lo corto.

Otro ritual. Como Peter llevándose las cartas al trabajo cada día y los mismos tres amigos invitados a su cumpleaños. Aquella conversación entre ellos tenía lugar cada semana. Le llevó la bolsa de verduras al coche y le guiñó un ojo porque le había añadido gratuitamente unas tiras de salchichas al cesto.

—Tengo entendido que hoy tienen una celebración especial para el cumpleaños del doctor Calvert.

Felicity se preguntó, como siempre, cómo podía saber tanto el carnicero de sus asuntos.

Cuando abrió la puerta el teléfono estaba sonando y Felicity entró corriendo, dejando todo fuera. Era Samuel Parr.

—Quería saber si necesitabas que lleve algo concreto esta noche. ¿Un pudín?

—No —dijo ella—. En serio. Nada.

Sonreía sin querer. Samuel siempre la ponía de buen humor. Él también estaba siempre en el fondo de su cabeza.

Más tarde, cuando el pollo se estaba cocinando y la casa se había llenado del olor a limón y aceite de oliva y ajo, el teléfono sonó de nuevo. Felicity estaba sentada fuera con el periódico y otra cafetera, disfrutando de la última hora de silencio antes de coger el coche para ir a Hepworth. James tenía club de ajedrez después de la escuela y ella tenía que ir a recogerlo. Una bruma de calor cubría los campos hacia el mar y en la distancia el faro parecía temblar, incorpóreo. Cuando oyó el teléfono, entró apresuradamente. Iba descalza. Las losas del porche estaban tan

calientes que casi quemaban y las baldosas de la cocina estaban frías. Las sensaciones físicas en contraste bajo sus pies la excitaron, le hicieron perder el aliento de repente.

Estaba segura de que quien llamaba sería uno de sus hijos, pero cuando descolgó se cortó la comunicación. Marcó el número de recuperación de llamada y le dijeron que esta procedía de un número oculto. Últimamente había pasado varias veces. Se preguntó si debería mencionárselo a Peter. Había habido un par de robos en la zona. Tal vez las llamadas eran para comprobar si la casa estaba vacía. Pero sabía que no se lo diría a Peter. El trabajo de su vida era protegerlo de asuntos desagradables y preocupaciones.

Se terminó el café, mirando hacia el mar. Planeó darse un baño utilizando un poco de aquel aceite tan caro que había comprado en Fenwick's en su última excursión a la ciudad, para relajarse antes de que llegaran los invitados.